

De la evaluación a la intervención: atención conjunta, directividad y desarrollo del lenguaje en niños con síndrome de Down

Miguel Galeote, Elena Checa, Antonio Serrano, Rocío Rey

RESUMEN

Se acepta ampliamente como algo demostrado que el exceso de directividad (acción influyente y dirigida) retrasa el desarrollo del lenguaje. En consecuencia, muchos programas de intervención incluyen como recomendación que los padres no muestren conductas directivas con sus hijos. Un caso particular lo constituyen los padres de niños con síndrome de Down, quienes suelen mostrar una alta directividad. En un análisis más detenido, no obstante, es preciso matizar dicha recomendación. Consideremos, por ejemplo, las habilidades de atención conjunta, una conducta que tiene particular importancia como elemento predictivo en lo que respecta al aprendizaje léxico. Durante el desarrollo de tales habilidades, existe una fase en que los niños no coordinan su atención entre las personas y los objetos o eventos. Curiosamente, en esta fase, las madres se comportan de manera directiva para lograr dicha atención. Lo importante es que esta fase es más prolongada en los niños con síndrome de Down, lo que podría explicar la conducta directiva de sus madres. Su comportamiento, por tanto, más que negativo, estaría promoviendo el desarrollo de las habilidades de atención conjunta en sus hijos lo que, a su vez, favorecerá su desarrollo lingüístico. Partiendo de este caso, se discuten las difíciles relaciones entre la investigación teórica y la práctica clínica o la intervención psicoeducativa.

Directividad y desarrollo del lenguaje: marco general

Se acepta ampliamente como algo demostrado que el exceso de directividad (acción influyente y dirigida) retrasa o inhibe el desarrollo del lenguaje. Esta idea no es nueva. En un estudio clásico sobre la adquisición del lenguaje en el segundo año de vida, Nelson (1973) encontró que los niños de las madres "directivas", que pensaban que debían "enseñar al niño las palabras correctas" (p. 103) corrigiendo sus errores, aprendían más lentamente que los niños cuyas madres aceptaban todas sus producciones aun siendo fonológicamente imperfectas o semánticamente inadecuadas. Diversos trabajos apoyan esta conclusión. Wells (1985), por ejemplo, señalaba que los padres que usan un estilo más conversacional y menos instructivo tienen niños que aprenden más rápidamente el lenguaje. Por otro lado, se ha encontrado esta influencia negativa de la directividad en niños

de diferentes edades y niveles de desarrollo lingüístico, así como en diferentes contextos (Akhtar y col., 1991).

Como consecuencia de lo anterior, numerosos protocolos de evaluación del lenguaje y la comunicación en edades tempranas incluyen este aspecto. Del mismo modo, muchos programas de intervención suelen incluir como objetivo eliminar estas conductas directivas de los padres en las interacciones con sus hijos, proponiendo, al mismo tiempo, que un estilo recíproco y sensible o receptivo a las respuestas de los niños es la clave para un desarrollo óptimo (MacCoby y Martin, 1983; Marfo, 1990). En nuestro país, son también numerosos los autores que se sitúan en esta posición (ver, entre otros, Clemente, 1995 y Gràcia y del Río, 1998). Clemente (1995, p. 19), por ejemplo, recomienda a los padres que se muestren flexibles con las respuestas incorrectas de sus hijos, y respondan a sus iniciativas comunicativas.

Miguel Galeote
Dpto. de Psicología
Evolutiva y de la Educación de la Universidad de Málaga.
Facultad de Psicología
Campus de Teatinos,
s/n
29071 Málaga
Correo-e:
mgaleote@uma.es



Teresa

Estilo interactivo de los padres de niños con síndrome de Down

Una de las conductas que parecen caracterizar a los padres y cuidadores de niños con síndrome de Down y discapacidades similares es su extrema directividad, si bien son menos claras las razones que explicarían este hecho. Hace ya varios años, las revisiones de Dunst (1985) y Marfo (1984) encontraban claras diferencias entre los estilos de interacción de los cuidadores de niños con síndrome de Down y los de niños con un desarrollo normal de similar edad cronológica. En particular, la investigación revisada sugería que la mayor frecuencia de conductas controladoras y directivas de las madres de niños con síndrome de Down podrían deberse a los déficits o retrasos que mostraban sus hijos en la producción de señales sociales interactivas. Estudios posteriores, incluyendo grupos de niños con un desarrollo normal, pero esta vez emparejados de acuerdo con la edad mental, apoyaban de nuevo que los niños con síndrome de Down: (1) generaban menos señales sociales apropiadas, (2) mostraban un retraso en la respuesta a las señales de sus madres, y (3) mostraban patrones de respuesta menos predecibles. Todo ello parecía demostrar que, en general, los niños con síndrome de Down

responden en menor grado a las señales de sus padres (son menos sensibles o receptivos), al tiempo que presentan más dificultad a la hora de iniciar interacciones sociales (Kasari y col., 1995). Estas diferencias podrían explicar por qué las madres de los niños con síndrome de Down adoptan un papel más activo que se concreta en un estilo directivo y controlador (Mahoney y col., 1990). Obviamente, existen otras explicaciones alternativas, tales como que la conducta de estos padres también podría ser debida al estrés y carga emocional que sienten ante el nacimiento de un niño con discapacidad.

Como en el caso anterior, la constatación de estos hechos explicaría que hoy en día diversos autores consideren de suma importancia el examen de las conductas de interacción padres-hijos, entre las que se incluyen estas conductas directivas (Candel, 1993; Clark y Seifer, 1985; Rosetti, 1996). Refiriéndose a niños con distintas discapacidades, entre los que se incluyen los niños con síndrome de Down, Candel (1993), por ejemplo, apunta a la necesidad de evaluar esas conductas de interacción, así como aspectos tales como el desarrollo socio-emocional, etc., a fin de completar el tipo de evaluación tradicional que suele estar más centrada en aspectos cognitivos, lingüísticos y motores. Obviamente, un objetivo importante

de la intervención sería "mejorar este estilo de interacción, lo cual redundará en un evidente beneficio, tanto para los padres como para el niño" (Candel, 1993, p. 31). Los programas de este tipo dirigidos a niños con diferentes discapacidades son numerosos (v. Spiker y Hopmann, 1997, para una revisión reciente).

Pese a lo anterior, es posible reconsiderar esta conclusión. Parte de nuestro argumento se basa en el análisis de la relación entre las conductas de atención conjunta y el desarrollo léxico, donde también se ha constatado el papel negativo de la directividad.

Conductas de atención conjunta y desarrollo léxico

Un factor que parece influir claramente en el desarrollo del lenguaje, especialmente el léxico, son las conductas de atención conjunta mantenidas entre los cuidadores y los niños. En la literatura se puede apreciar diversas formas de describir esta conducta. No obstante, un trabajo que suele ser tomado como referencia es el de Tomasello y Todd (1983). Estos autores entienden la atención conjunta como aquellos episodios en los que las madres (cuidadores en general) y sus hijos están mutuamente centrados en algún objeto (juguete, etc.), mientras en algún momento durante ese episodio el niño hace una propuesta a su compañero en la interacción (especialmente una mirada a la cara).

Este último aspecto es esencial al poner en evidencia que el niño es consciente de la interacción en la que está tomando parte, y excluye así conductas no interactivas como podría ser una mera mirada. Lo importante es que, durante estos episodios de atención conjunta, el lenguaje del cuidador suele ir en consonancia con el foco de atención del niño. En otras palabras, las madres suelen referirse a las acciones y objetos a los que los niños están atendiendo. Harris (1992), por ejemplo, encontró que a los 16 meses, casi el 80 % de las producciones de las madres seguían este patrón. Ello ha llevado a defender que estos episodios de atención conjunta favorecen el aprendizaje del léxico. De hecho, diversos trabajos han puesto de manifiesto el papel facilitador de la atención conjunta en el desarrollo del lenguaje en niños con un desarrollo normal (Akhtar y col., 1991; Dunham y Dunham, 1995; Dunham y col., 1993; Tomasello y Farrar, 1986). Por ejemplo, Tomasello y Farrar (1986 -ver también Tomasello y Todd, 1983) encontraron que la cantidad de tiempo que las madres y sus hijos comparten estos episodios de atención conjunta en los que el lenguaje del cuidador se refiere a lo que el niño tiene centrada su atención, se correlaciona de forma positiva con el desarrollo del vocabulario.

Pero la conducta de las madres no siempre es tan facilitadora. Por ejemplo, Tomasello y Todd (1983) encontraron que la directividad de las madres, entendida como 'no seguir el foco de atención de sus hijos cuando denominan los



Pilar

objetos', estaba relacionada negativamente con la proporción de nombres de objetos en el vocabulario productivo de sus hijos. Numerosos trabajos apoyan esta conclusión (Tomasello y Farrar, 1986; Akhtar y col., 1991; Akhtar y Tomasello, 1996). Por último, en un estudio de entrenamiento, Tomasello y Farrar (1986) encontraron que niños pequeños (de 14 a 23 meses) llegaban a aprender un nuevo término si éste era producido cuando los niños estaban ya centrados en el objeto (referente), pero no cuando era presentado mientras se intentaba redirigir su foco de atención. En suma, la adquisición del léxico se ve favorecida si la madre sigue el foco de atención del niño al tiempo que nombra los objetos o eventos que éste observa; por el contrario, parece ser contraproducente redirigir el foco de atención para enseñarle activamente el vocabulario.

Intentando explicar estos resultados, Tomasello y Farrar (1986), entre otros, han argumentado que cuando las madres dirigen el foco de atención de sus hijos, éstos tienen que dedicar más esfuerzo y capacidad de procesamiento para mantener la interacción y, de este modo, disponen de menos recursos para establecer la asociación correcta entre la palabra y el objeto a que se refiere. En particular, dado que los nombres, así como la memoria ecoica, son efímeros, los bebés pueden haber perdido el acceso a los patrones de sonido cuando han identificado el objeto correcto haciendo imposible la proyección palabra-objeto. Por el contrario, cuando el cuidador sigue el foco de atención del niño, las demandas atencionales se ven minimizadas y los niños pueden tener más recursos a su disposición para prestar atención al lenguaje que es empleado en la interacción (Bakeman y Adamson, 1984).

Estrategias de interacción empleadas por los padres de niños con síndrome de Down en los episodios de atención conjunta

Como indicamos, los estudios que comparan las estrategias de interacción padres-niños con y sin discapacidades suelen concluir que las madres de los niños con discapacidad mental son más controladoras y directivas que las madres de niños con un desarrollo normal. Las conductas de estas madres en los episodios de atención conjunta, sin embargo, no han sido muy investigadas. Pese a ello, existen algunos trabajos que parecen indicar que los padres de

estos niños adoptan un papel igualmente directivo. Por ejemplo, Mahoney y col. (1990) encontraron tasas más elevadas de cambio de tema (aquello sobre lo que se habla) y mayor control sobre el tema en las madres con niños con síndrome de Down que en madres con niños con un desarrollo normal en situaciones de juego. Esto sugiere que la interrupción de la atención conjunta podría ocurrir más frecuentemente en diadas de niños con síndrome de Down y sus cuidadores. Dadas las dificultades que presentan los niños con síndrome de Down para cambiar su foco de atención (Kasari y col., 1995), así como sus problemas atencionales en general (Landry y Chapieski, 1990), es posible que ambos factores se alíen para ofrecer un contexto poco favorecedor para el desarrollo del léxico en estos niños. De hecho, Harris y col. (1996) encontraron que redirigir la atención de estos niños estaba relacionado negativamente con el desarrollo del lenguaje y viceversa.

Desarrollo de la atención conjunta: reconsiderar el papel de la directividad

Como hemos visto, numerosos trabajos han advertido que redirigir la atención de los niños es perjudicial para el desarrollo del lenguaje. Pero, como hemos señalado anteriormente, puede que esta conclusión sea prematura. Para comprender mejor esta afirmación, vamos a considerar el desarrollo de la atención conjunta.

Niños con desarrollo normal

Los niños con un desarrollo normal muestran el siguiente patrón evolutivo en las habilidades de atención durante el primer y segundo año de vida:

1. En los primeros meses de vida, los niños examinan visualmente objetos y personas.
2. En torno a los 6 meses, comienzan a interactuar con los objetos y personas.
3. De 6 a 9 meses tiene lugar un estadio intermedio: interacción pasiva. Lo más característico de este periodo es que la madre y el niño comparten objetos (juguetes, etc.), pero el niño no muestra conciencia de la madre.
4. De 9 a 12 meses (estadio prelingüístico), los niños coordinan su atención entre la persona y un objeto con el que la persona está implicada, lo que según Trevarthen se debe a que los niños han desarrollado la habilidad para compartir con otros cosas que ellos perciben en el medio (intersubjetividad secundaria).

Lo más interesante para nuestra argumentación ocurre en esa fase intermedia que se da entre los 6 y los 9 meses en que los niños no son capaces de compartir auténticamente la atención hacia los objetos con los adultos. Curiosamente, en esta fase las madres de niños con un desarrollo normal suelen mostrar conductas típicamente directivas. Por ejemplo, en una investigación realizada por Saxon (1997b) (ver también Saxon, 1997a y Akhtar y col., 1991), las madres de niños de 6 meses con un desarrollo normal redirigían frecuentemente el foco de atención visual de sus hijos (se referían a un juguete diferente al que sus hijos estaban atendiendo). Lo importante es que esta conducta no se mostraba negativa. Por el contrario, Saxon encontró una relación positiva entre esa redirección y el nivel de atención conjunta posterior, lo que a su vez estaba relacionado con la competencia lingüística a los 17 y 24 meses. Según este autor, esto podría deberse a que, a diferencia de los niños mayores que están en una fase lingüística, las habilidades lingüísticas y socio-cognitivas de los niños más pequeños no están bien desarrolladas. Puesto que señalar a alguien un objeto externo a través de la mirada compartida parece ser un elemento básico para la comunicación convencional, los adultos podrían necesitar crear un contexto referencial compartido en el que el lenguaje adulto cobre sentido para el niño (Legerstee y col., 2002). En consecuencia, esto justificaría la tendencia de las madres a cambiar la dirección de la atención de sus hijos a fin de establecer la atención conjunta.

Diversos trabajos, en esta misma línea, apoyan la idea de que los niños más pequeños, menos competentes, se benefician de una estructuración controlada y directiva de su juego (Vygotsky, 1978; Tamis-Le Monda y Bornstein, 1989; Pine, 1992). Esto se ajusta a la propuesta de Vygotsky de que una interacción colaboradora requiere que el socio más experto se ajuste al menos maduro. Dicho de otro modo, las madres estructuran las interacciones de sus hijos y seleccionan técnicas directivas y estrategias de 'andamiaje' para obtener determinadas conductas, mientras desechan otras (Bruner, 1983; Vygotsky, 1978). De hecho, diversos trabajos demuestran que los niños más pequeños, menos competentes, reciben una estructuración más directa, mientras que los niños mayores reciben un apoyo más distal (MacCoby y Martin, 1983).

Niños con síndrome de Down

Los niños con síndrome de Down muestran, por

su parte, un patrón evolutivo diferente por lo que respecta a sus habilidades para compartir su atención a los objetos con otras personas. Jones (1980), por ejemplo, observó que los niños con síndrome de Down entre los 8 y los 19 meses manifiestan dificultades para coordinar la atención entre el objeto de interés y sus cuidadores. Del mismo modo, en un estudio longitudinal reciente realizado por Legerstee y Weintraub (1997), los niños con síndrome de Down de 8 a 24 meses de edad mental mostraban una menor atención a los objetos al comienzo del estudio que los niños con un desarrollo normal y una menor atención coordinada al final del estudio. Por el contrario, Kasari y col. (1995) encontraron que los niños con síndrome de Down no eran diferentes en atención conjunta a otros niños con un desarrollo normal de la misma edad mental (ver también Mundy y col., 1988, para resultados similares). Pese a esas diferencias entre estudios, parece evidente que los niños con síndrome de Down muestran un claro retraso en el desarrollo de la atención conjunta. En efecto, no hemos de olvidar que los niños en esos estudios estaban emparejados por su edad mental, por lo que su edad cronológica es mucho más elevada (en algunos casos más de 12 meses). En particular, como sugieren los trabajos de Jones (1980) y Legerstee y Weintraub (1997), es posible que esa fase intermedia en el desarrollo de la atención conjunta se alargue en exceso. En estas condiciones, como en el caso de los niños con un desarrollo normal muy pequeños que no coordinan su atención entre las personas y los objetos, los padres de niños con síndrome de Down de baja edad mental podrían necesitar dirigir la atención de sus hijos hacia los objetos con el fin de hacerles progresar hacia la atención conjunta.

Esto es justamente lo que encontraron Legerstee y col. (2002) en una investigación reciente. Con el fin de analizar la interacción entre el nivel evolutivo de los niños y las conductas interactivas de las madres, estas autoras incluyeron en su investigación niños de edades comprendidas entre 6 y 20 meses, los cuales eran divididos en dos niveles de edad. El primer grupo de niños con síndrome de Down tenía una edad mental de 0;8.6 (años;meses.días) y el segundo de 1;4.5. Estos dos grupos eran apareados en edad mental con otros dos grupos de niños con un desarrollo normal. Como en trabajos anteriores, encontraron que mantener la atención incrementaba la producción de palabras y gestos referenciales, si bien esto se daba con mayor frecuencia en los niños con mayor edad mental. Del mismo



Gonzalo y Rubén

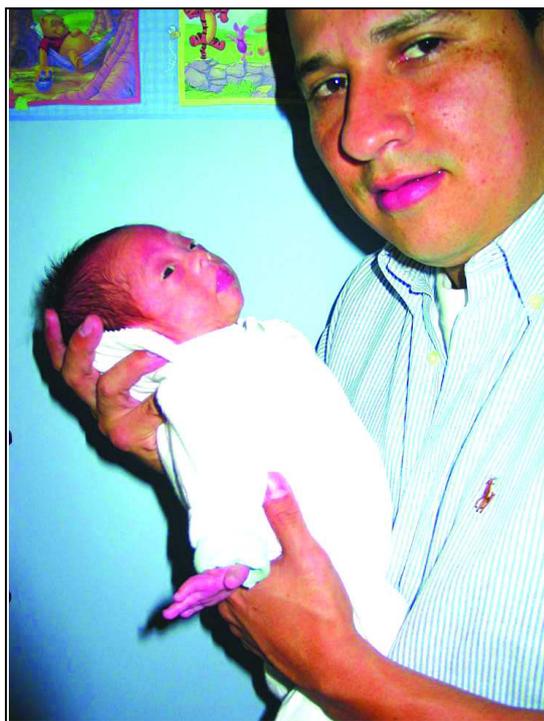
modo, redirigir la atención no estaba relacionado con la producción de conductas referenciales. Pero lo más importante para nuestra argumentación ocurría en las primeras fases. En este caso, los cuidadores eran más directivos tanto con los niños con síndrome de Down como con los niños con un desarrollo normal de más baja edad mental con el fin de ayudarles a prestar atención a los objetos y eventos sobre los que los cuidadores estaban hablando. De acuerdo con su hipótesis, esto sería debido a que estos niños poseen una menor capacidad para coordinar su atención entre los objetos y las personas. Curiosamente, la redirección de la atención hacía que los niños lograran mantenerla lo que, a su vez, precedía la producción de conductas referenciales. Puesto que redirigir la atención ocurría con mayor frecuencia en niños con baja edad mental, las madres parecen promover la comunicación referencial indirectamente en estos niños preparándolos para la atención conjunta.

Estos resultados confirman los de otros estudios que apuntan a los efectos benéficos que posee el reajuste en la dirección de la atención de niños con un desarrollo normal muy pequeño hacia los objetos (Bornstein y Tamis-Le Monda, 1989, 1990; Saxon, 1997b), así como en el caso de niños con un desarrollo atípico, entre los que se incluyen los niños con síndrome de Down (Roach y col., 1998).

Los resultados son claros. Como señalan

estas autoras, en general se suele asumir que la directividad encontrada en el habla de los padres de niños con diversos tipos de discapacidades es responsable del retraso en la adquisición del lenguaje. Pero este simple análisis de la frecuencia de las acciones directivas maternas ignora la naturaleza secuencial de las interacciones comunicativas. De este modo, aunque la rectificación de la dirección de la atención está relacionado negativamente con la comunicación referencial de los niños, también suele preceder al mantenimiento de la atención. Esto significa que cuando los adultos rectifican la dirección de la atención de los niños lo que pretenden es promover la atención conjunta. Una vez que los niños comienzan a usar palabras y gestos, la atención compartida con los adultos sobre los objetos se ve incrementada, dado que permite a las madres mantener la atención durante más tiempo.

En otro estudio reciente, Roach y col. (1998) obtuvieron resultados similares. En este caso, estos autores estudiaron niños con síndrome de Down (edad mental media = 14 meses; edad cronológica media = 22 meses) y 2 grupos de niños con un desarrollo normal, uno de ellos apareado en edad mental y otro en edad cronológica. De nuevo, las madres de los niños con síndrome de Down eran más directivas verbalmente que el resto de madres. Sin embargo, esta directividad aunque no favorecía, tampoco inhibía el juego de sus hijos con los objetos ni



Juan Manuel

sus vocalizaciones. De hecho, la rectificación de la dirección de la atención estaba asociada con un mayor número de vocalizaciones y más juego con los objetos en niños con síndrome de Down. Por otro lado, según esos autores, la mayor frecuencia de directivas verbales de las madres de los niños con síndrome de Down podría explicar que estos niños mostrasen un nivel de implicación con los objetos similar al de los niños emparejados por su edad mental. De este modo, las diferencias entre los estilos interactivos de las madres de los niños con síndrome de Down y con un desarrollo normal pueden reflejar una adaptación apropiada a los diferentes estilos conductuales de sus hijos (Marfo, 1991).

Conclusiones

Las madres van modificando de un modo dinámico y más receptivo las estrategias de interacción que emplean con sus hijos en función de su nivel de competencia evolutiva. Como hemos podido comprobar, lo anterior es igualmente aplicable a los padres de niños con síndrome de Down. Además, existen diversos trabajos

que demuestran la adaptación de estos padres a los niveles evolutivos de sus hijos (ver, por ejemplo, Maurer y Sherrod, 1987 y Rondal, 1977). Como señalan Roach y col. (1998): "Nuestros resultados sugieren claramente que la conducta de las madres reflejan una adaptación apropiada a las capacidades evolutivas de sus hijos pequeños así como a los cuidados que demandan los niños con síndrome de Down" (p. 85).

Durante mucho tiempo se ha pensado que un estilo interactivo de las madres de niños con síndrome de Down se debía a una sensibilidad reducida o a la ausencia de ella (Berger y Cunningham, 1983). Sin embargo, en la medida en que las madres equilibran sus conductas directivas con sus conductas de apoyo, al tiempo que usan estrategias interactivas que se relacionan adecuadamente con la conducta de sus hijos, las diferencias en las estrategias empleadas por las madres de niños con síndrome de Down y las madres de niños con un desarrollo normal pueden reflejar de igual manera una apropiada adaptación a las situaciones que deben afrontar.

La ausencia de efectos negativos de la directividad de las madres sobre el juego con objetos y las vocalizaciones de los niños con síndrome de Down sugiere que los profesionales de la intervención no deberían desaprobado la directividad de un modo general. El factor clave no es si las madres de niños con síndrome de Down son o no directivas, sino cuándo lo son. Así, los patrones de conducta materna que parecen adaptativos y apropiados con niños en una determinada edad pueden no serlo en otras. En este sentido, las afirmaciones de Marfo (1990) nos parecen altamente sugerentes. Tras revisar diversos trabajos sobre las conductas directivas de madres de niños con diversos tipos de discapacidades, este autor señala que puede ser prematuro proponer como uno de los objetivos de la intervención temprana reducir dichas conductas directivas. A ello añade la necesidad de seguir investigando sobre la relación entre la directividad y la capacidad receptiva hacia las señales de los niños (responsividad) como dimensiones separadas de los estilos interactivos, así como las asociaciones posibles entre los estilos directivos y los resultados evolutivos.

Agradecimientos

El presente trabajo ha sido posible gracias a una ayuda a la investigación concedida por el Ministerio de Ciencia y Tecnología, Dirección General de Investigación (BSO2003-01934) y cofinanciada con fondos FEDER.

Bibliografía

- Akhtar N, Tomasello M. Two-years-old learn words for absent objects and action. *Brit J Develop Psychol* 1996; 14: 79-93.
- Akhtar N, Dunham F, Dunham PJ. Directive interactions and early vocabulary development: the role of joint attentional focus. *J Child Language* 1991; 18: 41-49.
- Bakeman R, Adamson L. Coordinating attention to people and objects in mother-infant and peer-infant interactions. *Child Develop* 1984; 55: 1278-1289.
- Berger J, Cunningham CC. Development of early vocal behaviors and interactions in Down's syndrome and nonhandicapped infant-mother pairs. *Develop Psychol* 1983; 19: 322-331.
- Bornstein MH, Tamis-LeMonda CS. Maternal responsiveness and cognitive development in children. En: *Maternal responsiveness: characteristics and consequences*. Bornstein MH (ed). San Francisco, Jossey Bass 1989.
- Bornstein MH., Tamis-LeMonda C.S. Activities and interactions of mothers and their firstborn infants in the first six months of life: stability, continuity, covariation, correspondence, and prediction. *Child Develop* 1990; 61: 1206-1217.
- Bruner J. *Child's talk: Learning to use language*. Oxford, Oxford University Press 1983.
- Candel I. Atención temprana: situación actual y perspectivas de futuro. En: *Programa de atención temprana: intervención en niños con síndrome de Down y otros problemas de desarrollo*. Candel I (ed). Madrid, CEPE 1993 pp. 15-52.
- Clark GN, Seifer R. Assessment of parent's interactions with their developmentally delayed infants. *Infant Mental Health J* 1985; 6: 214-225.
- Clemente RA. *Desarrollo del lenguaje: manual para profesionales de la intervención en ambientes educativos*. Barcelona, Octaedro 1995.
- Dunham P, Dunham F. Optimal social structures and adaptive infant development. En: *Joint attention: its origins and role in development*. Moore C, Dunham P (eds). Hillsdale NJ, LEA 1995
- Dunham P, Dunham F, Curwin A. Joint attentional states and lexical acquisition at 18 months. *Develop Psychol* 1993; 29: 827-831.
- Dunst CJ. Communicative competence and deficits: effects on early social interactions. En: *Facilitating social-emotional development in the young multiply handicapped child*. MacDonald E, Gallagher D (eds). Philadelphia: HMS Press 1985 p 93-140.
- Gràcia M, del Río MJ. Intervención naturalista en la comunicación y el lenguaje para familias de niños pequeños. *Rev Logopedia, Foniatría, Audiología* 1998; 1: 19-30.
- Harris M. *Language experience and early language development*. Hillsdale NJ, Lawrence Erlbaum Associates 1992.
- Harris S, Kasari C, Sigman M. Joint attention and language gains in children with Down syndrome. *Am J Ment Defic* 1996; 100: 608-619.
- Jones O. Prelinguistic communication skills in Down's syndrome and normal infants. En: *High-risk infants and children: Adult and peer interactions*. Field T, Goldberg S, Stern D, Sostek A (eds). New York, Academic Press 1980, p. 205-225.
- Kasari C, Freeman S, Mundy P, Sigman MD. Attention regulation in children with Down syndrome: coordinated joint attention and social referencing. *Am J Ment Defic* 1995; 100: 128-136.
- Landry S, Chapieski ML. Joint attention at six months in Down syndrome and preterm infants: patterns of attention to toys and to mother. *Am J Men Retard* 1990; 94: 488-498.
- Legerstee M, Weintraub J. The integration of person and object attention in infants with and without Down syndrome. *Infant Behav Develop* 1997; 20: 71-82.
- Legerstee M, Varghese J, van Beek Y. Effects of maintaining and redirecting infant attention on the production of referential communication in infants with and without Down syndrome. *J Child Lang* 2002; 29: 23-48.
- MacCoby EE, Martin JA. Socialization in the context of the family: parent-child interaction. En: *Handbook of child Psychology: Vol. 4. Socialization, personality and social development*. Mussen PH (ed de la serie), Hetherington EM (ed del volumen). New York, Wiley 1983, p. 1-101.
- Mahoney G, Fors S, Wood S. Maternal directive behavior revisited. *Am J Ment Defic* 1990; 94: 398-406.
- Marfo K. Interactions between mothers and their mentally retarded children: integration of research findings. *J Appl Develop Psychol* 1984; 5: 45-69.
- Marfo K. Maternal directiveness in interactions with mentally handicapped children: An analytical commentary. *J Child Psychol Psychiat* 1990; 31: 531-549.
- Marfo K. The maternal directiveness theme in mother-child interaction research: implications for early intervention. En: *Early intervention in transition: current perspectives on programs for handicapped children*. Marfo K (ed.). New York, Praeger 1991, p. 177-203.
- Maurer H, Sherrod K. Context of directives given to young children with Down syndrome and non retarded children: development over two years. *Am J Men Defic* 1987; 91: 579-590.
- Mundy P, Sigman M, Kasari C, Yirmiya N. Nonverbal communication skills in Down syndrome children. *Child Develop* 1988; 59: 235-249.
- Nelson K. *Structure and strategy in learning to talk*. Monographs of the Society for Research in Child Development 1973; 38 (149).
- Pine J. Maternal style at the early one-word stage: Reevaluating the stereotype of the directive mother. *First Language* 1992; 12: 169-186.
- Roach MA, Barrat M, Miller JF, Leavitt LA. The structure of mother-child play: young children with Down syndrome and typically developing children. *Develop Psychol* 1998; 34: 77-87.
- Rondal JA. Maternal speech in normal and Down's syndrome children. En: *Research to practice in mental retardation*. Miller P (ed). Baltimore, University Park Press 1977, p. 239-243.
- Rosetti LM. *Communication intervention: birth to three*. San Diego CA, Singular Publishing Group Inc. 1996.
- Saxon T. A longitudinal study of early mother-infant interaction and later language competence. *First Language* 1997a; 17: 271-281.
- Saxon T. The relationship between maternal following or switching verbal references to objects and infant language competence. *Society for Research in Child Development* 1997b.
- Spiker D, Hopmann MR. The effectiveness of early intervention for children with Down syndrome. En: *The effectiveness of early intervention*. Guralnick MJ (ed.). Baltimore MR, Paul H. Brookes Publishing Co 1997.
- Tamis-Le Monda CS, Bornstein MH. Habituation and maternal encouragement of attention in infancy as predictors of toddler language, play and representational competence. *Child Develop* 1989; 60: 738-751.
- Tomasello M, Farrar M. Joint attention and early language. *Child Develop* 1986; 57: 454-463.
- Tomasello M, Todd J. Joint attention and lexical acquisition style. *First Language* 1983; 4: 197-212.
- Vygotsky L. *Mind in society: The development of higher psychological processes*. Cambridge MA, Harvard University Press 1978.
- Wells G. *Language development in the preschool years*. New York, Cambridge University Press 1985.